

BENJAMIN STEVENSON

TODOS EN ESTE TREN SON SOSPECHOSOS

**NINGUNO PENSÓ QUE ESTE
PODRÍA SER SU ÚLTIMO VIAJE**

BENJAMIN STEVENSON

TODOS EN ESTE TREN
SON SOSPECHOSOS

Traducción de Albert Fuentes

Título original: *Everyone On This Train Is A Suspect*

© Benjamin Stevenson, 2023

First published by Penguin Random House Australia Pty Ltd. This edition published by arrangement with Penguin Random House Australia Pty Ltd.

© por la traducción, Albert Fuentes, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29249-4

Depósito legal: B. 12.078-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

Pues vuelvo a escribir. Lo cual es una buena noticia, supongo, para los lectores que estén esperando un segundo libro, pero algo más desafortunada para aquellos que tuvieron que morir para que yo lo escribiese.

Estas primeras líneas las escribo desde mi cabina en el tren, porque quiero poner negro sobre blanco algunas cosas antes de que las olvide o las exagere en el recuerdo. Nos hemos parado, aunque no en una estación. El tren espera en las vías, a una hora de Adelaida más o menos. El extenso desierto rojo de los últimos cuatro días ha dado paso a un cinturón de trigo dorado, primero, y luego a los pastos verdes y abundantes de las granjas lecheras. El horizonte llano de esas primeras jornadas es ahora un océano ondulante de hierba en el que destaca el giro lento y acompasado de docenas de aerogeneradores repartidos por el paisaje. A estas horas ya deberíamos haber llegado a Adelaida, pero hemos tenido que detenernos para que la policía recupere los cadáveres. Digo «recuperar», pero creo que el retraso se debe principalmente a que les está costando encontrarlos. O por lo menos todos los trozos.

Así que aquí estoy, aprovechando el parón para ponerme a escribir.

Mi editorial me ha avisado de que las secuelas las carga el diablo. Hay ciertas normas que es preciso seguir, como poner

en antecedentes tanto a quienes ya me han leído como a quienes no han oído hablar nunca de mí. Me dicen que no hay que aburrir a los repetidores, pero que tampoco conviene confundir a los recién llegados omitiendo algún detalle. No estoy seguro de a qué grupo perteneces tú, querido lector, así que empezaremos con lo siguiente:

Me llamo Ernest Cunningham y no es la primera vez que hago esto. Me refiero a escribir un libro. Pero también a resolver una serie de crímenes.

En su momento todo ocurrió de la manera más natural. Escribir, no las muertes, cuyas causas no pudieron ser menos naturales, desde luego. De los supervivientes, me consideré el más competente para contar la historia, ya que tenía a mis espaldas lo que cabría llamar, siendo generosos, una «carrera» literaria. Antes escribía libros sobre cómo escribir libros: las normas para crear novelas de misterio, para ser más exactos. En realidad, más que libros, lo que escribía eran panfletos, si insistes en que te sea sincero. Autopublicados, a un dólar la pieza en internet. No es el sueño de todo escritor, pero me daba para vivir. Entonces, cuando se lio gorda el año pasado, en las montañas nevadas, y los periodistas empezaron a llamar a mi puerta, pensé que tampoco era mala idea aprovechar parte de lo que había aprendido y ver qué tal se me daba escribir la historia. Encontré ayuda, por supuesto, en los principios rectores de la edad de oro de las novelas de crímenes, unos principios que sentaron escritores como Agatha Christie, Arthur Conan Doyle y, en particular, un tipo llamado Ronald Knox, que escribió el «Decálogo de mandamientos de la ficción detectivesca». Knox no es el único que ha creado una preceptiva: a lo largo de la historia, son varios los escritores que han tratado de descomponer un relato de asesinatos y convertirlo en un esquema. Incluso Henry McTavish propuso su conjunto de reglas.

Si piensas que no conoces todavía las normas para escribir una historia de crímenes, te equivocas, créeme. Todo es intuitivo. Voy a ponerte un ejemplo, con tu permiso. Estoy escribiendo en primera persona. Como no cabe duda de que me he sentado físicamente a escribir esto, de ello se deduce que he sobrevivido a los hechos descritos en el libro. La primera persona significa supervivencia. Así pues, vayan mis disculpas de antemano por la falta de suspense cuando casi muerdo el polvo en el capítulo 28.

Las normas son sencillas: nada de acontecimientos sobrenaturales; nada de gemelos idénticos que aparecen por sorpresa; el asesino debe salir a escena al principio del libro (en realidad, ya lo ha hecho, y eso que ni siquiera hemos terminado el primer capítulo, aunque tampoco me sorprendería que te hubieras saltado los preliminares) y ser un personaje lo bastante destacado como para tener incidencia en el desarrollo de la trama. Esto último es importante. Quedan lejos los días en los que el mayordomo era el malvado: si se quiere jugar limpio con el lector, el asesino debe tener nombre y ese nombre debe aparecer a menudo. Para muestra, un botón: el nombre del asesino, en todas sus variantes, aparece exactamente 106 veces a partir de aquí. Y, lo más importante, en esencia todas estas normas pueden resumirse así: no esconder verdades evidentes al lector bajo ningún concepto.

Por eso me dirijo a ti de esta forma. Supongo que ya te habrás dado cuenta, pero soy un poco más hablador que el detective habitual en este tipo de libros. Lo soy porque no pienso ocultarte nada. A fin de cuentas, en este libro de misterio se juega limpio con el lector.

Por ello te prometo que voy a ser una *rara avis* en las novelas de asesinatos actuales: un narrador fiable. Puedes contar con que te voy a decir la verdad en cada giro de la historia. Nada de

juegos de trilero. También te prometo que solo voy a emplear la tan detestable frase «todo había sido un sueño» en una sola ocasión y, de todos modos, me parece que es permisible en su contexto.

Es una lástima que ningún escritor se dignara a garrapatear algunas normas concretas para las secuelas (de todos es sabido que Conan Doyle se deleitó matando a Sherlock Holmes y que luego, muy a pesar suyo, lo devolvió a la vida por dinero), así que en esta travesía navegaré en solitario. La única ayuda con la que puedo contar es la que me brinda mi editora, cuyos consejos parecen llegar a través del Departamento de Marketing.

Su primer consejo fue que evitara las repeticiones. Tiene sentido: a nadie le apetece leer un refrito del mismo argumento de siempre. Su segundo consejo, en cambio, era que no me sacara de la manga un libro en todo distinto del primero, ya que los lectores esperarían más de lo mismo. Que quede claro aun a riesgo de hacerme pesado: no tengo ningún control sobre los hechos narrados en este libro. Solo escribo lo que ocurrió, así que no es fácil respetar esas dos normas. Me permito señalar que un paralelismo involuntario se debe a la curiosa coincidencia de que los dos casos se resuelvan gracias a un signo de puntuación. El año pasado fue un punto. Esta vez es una coma la que nos saca las castañas del fuego.

¿Y qué clase de libro de misterio sería este si no tuviéramos por lo menos un anagrama, un código o un rompecabezas? El lector también encontrará uno en estas páginas.

Por otro lado, mi editora me rogó que introdujera un número suficiente de referencias fascinantes al libro anterior para que el público lector también quiera comprarlo, pero sin charlarles el final. A eso lo llama «marketing natural». Las secuelas, según parece, consisten en hacer dos cosas al mismo tiempo: ser nuevo y reconocible a la vez.

Ya estoy saltándome una de las reglas que comenté. S. S. Van Dine, uno de los autores de la edad de oro de la novela de misterio, recomienda que el crimen lo resuelva una sola persona. Esta vez, en cambio, tenemos a cinco aspirantes a detective. Pero supongo que eso es lo que pasa cuando metes a seis escritores de novela negra en una habitación. Digo «seis escritores y cinco detectives» porque, de los primeros, uno es la víctima del crimen. No es el que lleva la bufanda azul; ese es el otro que muerde el polvo.

Ya me imagino a Van Dine revolviéndose en su tumba, aunque eso sería saltarse una de las normas generales acerca de lo sobrenatural. Así que Van Dine estará muy quietecito en su tumba, pero igual de enfadado.

Aun a riesgo de repetirme, insisto en que no depende de mí saltarme las normas cuando en realidad no hago más que inventariar lo que ocurrió. Quién sabe cómo me las apañé para toparme con otro misterio laberíntico, y las mismas personas que me acusaron de aprovecharme económicamente de que un asesino en serie fuera liquidando de uno en uno a mis parientes en el último libro (marketing natural, ya lo veis) seguramente me acusarán aquí de lo mismo. Ojalá no hubiera pasado nada de todo esto, ni entonces, ni ahora.

Además, todo el mundo detesta las secuelas: a menudo se las acusa de no ser más que un remedo descolorido de lo que vino antes. Habida cuenta de que los últimos asesinatos se produjeron en una montaña nevada y estos se han cometido en un desierto, el chiste se cuenta solo, y es a costa de mis detractores: aquí no tendremos un remedo descolorido, porque por lo menos he salido de esta con un bonito bronceado.

Ya es hora de que haga honor a mis credenciales como narrador fiable. El inventario de los delitos cometidos en este libro incluye asesinato, tentativa de homicidio, violación, hurto, alla-

namiento de morada, manipulación de pruebas, asociación ilícita, extorsión, fumar en un medio de transporte público, propinar un cabezazo (supongo que el concepto legal es «agresión»), robo (sí, es un delito distinto del de hurto) y uso inadecuado de adverbios.

Ahí van unas cuantas verdades más. Siete escritores suben a un tren. Al final del trayecto, cinco se apean con vida. Uno baja esposado.

Número de bajas: nueve. Un poco menos que el año pasado.

¿Y yo? Esta vez no mato a nadie.

Empecemos. De nuevo.

Capítulo 2

El espanto que me provocó presenciar el asesinato público (me atrevería a llamarlo «ejecución») de un colega escritor no tiene punto de comparación con el que sentí cuando mi agente literaria me distinguió en un andén lleno de gente, se abrió paso a codazos entre la multitud y me preguntó: «¿Cómo llevas el libro nuevo?».

Simone Morrison era la última persona que esperaba ver en la terminal de Berrimah, en Darwin, dado que su agencia tiene la sede a cuatro mil kilómetros de distancia. Llevaba Melbourne encima, en forma de un abrigo que era una mezcla ridícula de trenca y plumas extragrande. Pero, bueno, iba mejor vestida que yo, como siempre. Yo iba en bermudas y con una camisa de manga corta que me habían vendido en una tienda de pesca diciéndome que era «transpirable». A ver, siempre he pensado que ese era el requisito mínimo para cualquier prenda de ropa, no asarte en tu propio jugo, pero la compré de todos modos. El problema fue que, aun a pesar de que habían anunciado que el tren «saldría con el sol», yo di por supuesto que el clima tropical del Territorio del Norte valdría para todas las horas del día, incluido el amanecer.

Y no fue así.

Aunque ya había luz, estábamos en el lado oeste del tren,

una serpiente de acero deslizadora que tapaba todo el horizonte, de modo que quedarse a media asta no le iba a ser suficiente al sol para darnos calor; tendría que esforzarse un poco más. La única parte de mi cuerpo que estaba caliente era mi mano derecha —que se me había despellejado durante los asesinatos del año anterior y solo estaba curada a medias, gracias a un generoso donativo de mi nalga izquierda—, en la que llevaba un guante acolchado para proteger mi piel sensible. Visto lo cual, mi atuendo era más adecuado para *Jurassic Park* que para un viaje en tren, y me vi rogándole al sol que se diera prisa al mismo tiempo que me corroía la envidia al ver la abrigada bufanda de lana azul que Simone llevaba al cuello.

Digo que la oficina de Simone está en Melbourne, aunque nunca la he visto: en mi opinión, el tinglado lo lleva principalmente desde el reservado de un italiano en la ciudad. Ayudó al chef del restaurante a publicar un libro de cocina que tuvo el éxito suficiente para granjearle un trabajito en la tele, y la doble recompensa que ella recibió fue una mesa reservada a perpetuidad y una adicción al alcohol. Cada vez que me deslizaba sobre el vinilo rojo del banco corrido para sentarme frente a ella, Simone levantaba el dedo mientras terminaba de escribir un email en su portátil (sus uñas de manicura claqueteaban con tanta furia sobre el teclado que siempre me apiadaba de la persona que debía recibir el correo), tomaba un sorbo de su café negro como el alquitrán con un chorrito de alcohol (una mancha de pintalabios fucsia sobre el borde de la cerámica, lo que constituía una pista inquietante acerca de los hábitos de limpieza del local, pues ella siempre se los pinta de rojo) y luego me decía, ignorando olímpicamente el hecho de que solía ser ella la que me convocaba: «Por favor, dime que traes buenas noticias». Simone es adicta a las hombreras, el blanqueamiento dental, los suspiros profundos y los pendientes de aro, no por ese orden.

Dicho esto, no puedo reprocharle nada en cuanto a habilidad se refiere. Nos conocimos después de firmar yo el contrato de *Todos en mi familia han matado a alguien*. Me había invitado a comer pidiéndome que llevara el contrato. Me senté en silencio mientras ella hojeaba las cláusulas, subrayando cosas y murmurando varios sinónimos distintos de «increíble» antes de acordarse de que yo estaba ahí también, ir a la última hoja del contrato y decir: «¿Esta es tu firma? ¿Es posible que alguien, no sé, la haya falsificado por casualidad? ¿Has leído y aceptado —agitó las hojas, arqueó las cejas— esto?».

Asentí.

—Me sorprende que sepas escribir un libro, porque lo que es leer, no tienes ni idea. Cobro el quince por ciento.

No supe si era una oferta o un insulto. Volvió a concentrarse en el portátil, de modo que me di por despedido y con el consabido rechinar de plástico salí del banco corrido completamente seguro de que no tendría noticias tuyas nunca más. Una semana después, aterrizó en mi buzón un documento en el que se me informaba de que una editorial alemana había mostrado interés en el libro e incluso que cierta gente quería convertirlo en una serie de televisión. También había una oferta para un nuevo libro de misterio. Ficción, esta vez.

Ella no me lo había pedido y yo no había manifestado el menor interés por escribir una novela; tampoco es que tuviera la menor idea del tema sobre el que hablaría. La pega es que me pedían que lo escribiera a toda pastilla. Pero lo cierto es que el anticipo prometido me cegó —era muy superior a lo que me habían pagado anteriormente—, así que acepté. Además, eso fue lo que razoné entonces, sería agradable dejar de escribir sobre personas reales que se mataban las unas a las otras.

Evidentemente, me las prometía muy felices.

Sabía que Simone se tomaba muy en serio su trabajo, quizá

demasiado y todo, pero siempre he pensado que, si a los editores les infunde la mitad de miedo que a mí, debería darme con un canto en los dientes por tenerla de mi parte. Y, desde luego, me había pasado un par de meses esquivando sus llamadas y mensajes, en los que me pedía que le adelantara algo de mi novela. Pero seguirme hasta Darwin me pareció una exageración. En cualquier caso, preguntarle a un escritor qué tal avanza su libro es como señalarle a un pintalabios en el cuello de la camisa. No tiene sentido: nadie contesta con sinceridad a una pregunta así.

—Bastante bien —dije.

—Muy mal, ¿eh? —contestó ella.

Juliette, que es mi novia y estaba a mi lado en el andén, me apretó el brazo en señal de compasión.

—La ficción es... más difícil de lo que había imaginado.

—Pues aceptaste el dinero. Aceptamos su dinero, tú y yo. —Simone hurgó en su bolso como si buscara petróleo, sacó un cigarrillo electrónico y dio una calada—. No devuelvo las comisiones, ya lo sabes.

La verdad es que no lo sabía.

—Entonces ¿has hecho todo este camino para apretarme las clavijas?

—A ver, no eres el centro del mundo, Ern. —Exhaló una fragante bocanada de arándanos—. La ocasión la pintan calva. Ahí tienes la respuesta.

—Y qué mejor sitio que este andurrial en medio del desierto para sobrevolar la carroña —intervino Juliette.

Simone soltó una carcajada perruna que parecía más alegre que ofendida. Le gustaba que la retaran, solo que a mí me faltaba el coraje para hacerlo. Juliette, en cambio, siempre le había dado las réplicas combativas que tanto la hacían disfrutar. Simone se inclinó hacia delante y le dio uno de esos abrazos en los

que mantienes al abrazado a la distancia que te dan los brazos, como si estuvieras sosteniendo a un crío que hace pis, a lo que añadió un par de besos al aire, sin rozarle las mejillas.

—Siempre me has caído bien, cariño. Aunque me hieras con tu sinceridad. Entiendo que todavía no sabes si necesitas un agente, ¿no?

—Sigue volando a ver qué encuentras. Yo me basto sola.

—Tienes mi número de teléfono. —Seguro que esto era mentira, porque ni siquiera yo tenía su número. Me llamaba con el número oculto. No la llamaba yo.

—No tengo billete para ti —intervine—. Juliette es mi acompañante. ¿Cómo has conseguido colarte en el autobús lanzadera? Siento que hayas hecho todo este viaje para...

—Yo no me subo a esos autobuses. Y tengo más clientes aparte de ti, Ern —se mofó Simone—. Wyatt me lo ha resuelto. —Estiró el cuello y miró a ambos lados del andén—. ¿Dónde están los demás?

Yo no sabía quién era Wyatt, aunque de su tono se desprendía que eso era culpa mía. El nombre no me cuadró con ninguno de los otros autores que había visto en el programa del festival. Pero, en fin, solo le había echado un vistazo rápido y no había leído casi ningún libro; se habían quedado apilados con gesto culpable en mi mesilla de noche. Si la mayor mentira de un escritor es que el proyecto en el que trabaja está avanzando viento en popa, la segunda mayor mentira es que va por la mitad del libro que acaba de publicar un colega.

Sí recordé que figuraban otros cinco escritores en el programa del Festival Australiano de Literatura de Misterio. Elegidos a dedo por la organización para cubrir, como pregonaba la página web, «todas las facetas de la literatura criminal contemporánea», la nómina incluía tres escritores populares de novela negra, cuyas obras comprendían los géneros forense-judicial, el

thriller psicológico y el drama legal, así como un gigante de las letras que había sido finalista del premio al mejor libro publicado en la Commonwealth y era el principal atractivo del certamen: el fenómeno escocés y autor de la saga de novelas sobre el detective Morbund, Henry McTavish, tan famoso que incluso a mí me sonaba. Luego estaba yo, doblando horas, porque me habían convocado tanto en la categoría de ópera prima como en la de no ficción, ya que mi primer libro lo habían catalogado como memoria *true crime*. Juliette, antigua dueña del *resort* de montaña donde se cometieron los asesinatos del año pasado, también escribió un libro sobre lo ocurrido, pero había acudido al festival como mi acompañante. Su libro se había vendido más que el mío y debo reconocer que escribe mucho mejor que yo. Aunque en su caso no estaba relacionada familiarmente con un asesino en serie, y ese tipo de publicidad no se compra con dinero, así que las invitaciones a esta clase de bolos suelen caer de mi lado.

Si te resulta extraño que estuviéramos paseando por una estación de tren cuando los festivales literarios suelen celebrarse en bibliotecas, salones de actos escolares o cualquier sala libre en el centro de veteranos del ejército que esté lo bastante vacía como para alojar una conferencia que podría titularse «Ay, mierda, nos olvidamos de que hoy venía un autor a dar una charla», no te falta razón. Pero este año, para conmemorar su quincuagésima edición, el festival iba a celebrarse en el Ghan, la celeberrima ruta ferroviaria que parte en dos, casi exactamente por la mitad, el inmenso desierto australiano. En sus orígenes fue una ruta de transporte de mercancías y su nombre es una apócope de «Afghan Express»: un homenaje a los exploradores que a lomos de sus camellos cruzaban el desierto rojo australiano mucho antes de que aparecieran las vías de acero y las máquinas de vapor. Para remacharlo, los laterales de varios vagones están engalanados

con la silueta en rojo de un hombre con turbante a lomos de un camello.

Aunque el nombre y el logo tal vez dieran fe de un espíritu aventurero, lo cierto es que esos días de sudor y tesón son cosa del pasado. El tren ha recibido un lavado de cara pensando en la comodidad, el lujo y la artritis de los viajeros, y se ha convertido en un destino turístico conocido en todo el mundo, un fastuoso hotel sobre raíles. A lo largo de cuatro días y tres noches, debíamos viajar desde Darwin hasta Adelaida, con varias escalas en las que aprovecharíamos para hacer excursiones y disfrutar de la naturaleza virgen del parque nacional Nitmiluk, de la ciudad subterránea de Coober Pedy y del centro rojo del país, Alice Springs. Era un marco único a la par que extravagante para un festival literario y, si tuviera que expresar en fracciones por qué acepté la invitación, diría que la mitad de mi motivación se debió a que nunca habría podido permitirme aquel viaje: el precio de los billetes asciende a tantos miles de dólares que se sale de la órbita terrestre.

Si eso representaba una mitad de mi motivación, diría que un cuarto se debía a la esperanza de que pasar cuatro días enfrascado en conversaciones literarias pudiera despertar alguna idea en mí. Tenía la ilusión de que se me aparecería la musa desde detrás de la barra del bar mientras brindaba con Henry McTavish en persona, quien ya no hacía actos públicos, y que de pronto tendría el argumento para mi nueva novela. Eufórico, le contaría la idea a Henry, y digo Henry porque, desde luego, a esas alturas ya habríamos empezado a tutearnos, y él levantaría la copa y diría: «Excelente, zagal. Ojalá se me hubiera ocurrido una idea así en mis tiempos».

Al relatar las descabelladas esperanzas que había depositado en este viaje siento el mismo repelús que cuando veo algunas fotos viejas que he colgado en redes sociales —¿de verdad publi-

qué yo eso?—, entre otras razones porque antes de conocerlo eché mano de todos los tópicos posibles sobre los escoceses para imaginarme cómo sería McTavish. Creo que es obvio que McTavish y yo no terminaríamos tuteándonos. Aunque, en cierta manera, la inspiración me vino de un trago con él, por así decir, de modo que tal vez sí tenga algo de vidente en el fondo.

Bueno, no se me escapa que solo he dado cuenta de tres cuartas partes de mi motivación (una mitad, motivos económicos; un cuarto, creativos), como ha tenido a bien recordarme mi sagaz editora hace un momento. También me ha indicado que el número de escritores que he facilitado no coincide con el de escritores a bordo del tren —dije que subirían siete—, pero, en fin, tampoco me parece que sea para tanto. Juliette también es escritora, no lo olvidemos. Y prometo que sé sumar. Los quebrados siempre me han costado un poco más, pero os puedo asegurar que llegaremos al cuarto de motivación que falta.

Simone seguía escudriñando entre el gentío en busca de su otro cliente. Nos habíamos reunido unas cien personas en el andén, pero no era capaz de distinguir a los escritores ni tampoco, teniendo en cuenta que el festival solo ocupaba unos pocos vagones, encontrar la diferencia entre asistentes al certamen y turistas del montón. El personal, que iba de uniforme con unas camisas de rayas rojas y blancas y unos chalecos de forro polar con el logotipo del camello, había empezado a guiar a los distintos grupos a las zonas que les correspondían en el andén. Una joven, lo bastante cerca de los veinte años como para no aparentarlos todavía, jadeaba y se pasaba las manos por el pecho como si fueran planchas de vapor. Al parecer estaba en plena faena de disculparse frente a un hombre que debía de ser su superior, según pude suponer por cómo se miraba el reloj. No llegué a oír las disculpas, pero el servilismo tiene un lenguaje de signos universal.

Una azafata se nos acercó portapapeles en ristre.

—Cunningham —dije, al observar cómo desplazaba la punta del bolígrafo por la lista de nombres.

Simone dio el suyo por encima de mi hombro, pero añadió a renglón seguido:

—Aunque quizá lo encuentres en las habitaciones de Gemini.

—Compartimento O-3 —me dijo la señorita Portapapeles—. Muy fácil de recordar: ¡como el oxígeno!

—Ozono —aventuré yo, dado que la fórmula del oxígeno en realidad es O₂.

—Exacto, le ha tocado la O-zona —trinó Portapapeles.

Detrás de mí, Juliette fingió un estornudo para disimular la carcajada. Portapapeles o no se dio cuenta o le dio igual; señaló con el bolígrafo a Simone y dijo:

—P1. Pero entre por la O. Debo advertirle que le tocará caminar un ratito.

Luego, se marchó con paso ágil a atender el siguiente grupo.

—Os veo más tarde. —Simone se despidió de nosotros con la mano, sin perder de vista lo que ocurría a su alrededor.

—Supongo que el aviso sobre la distancia iba dirigido a la clientela más mayor —aventuré mientras me encaminaba con Juliette al vagón que quedaba más cerca. Allí éramos de los más jóvenes por un par de décadas—. No creo que nos pase nada por recorrer un tren de punta a punta.

Se me bajaron los humos enseguida. El vagón que teníamos delante estaba marcado con la letra A. Las famosas locomotoras rojas, grandiosas, se encontraban a nuestra derecha. A nuestra izquierda, el tren iba trazando la curva de las vías y no alcancé a divisar dónde terminaba. Lo achaqué, erróneamente, a la curvatura en lugar de a la distancia. Estaba a punto de descubrir que el tren tenía una longitud de casi un kilómetro. Así que nuestro paseo nos fue sumiendo poco a poco en el abatimiento,

ya que tras desfilarse por siete vagones más —destinados al equipaje, al personal, a bares y a un restaurante— ni siquiera habíamos llegado a la siguiente vocal del abecedario.

En torno a la G, oímos un gruñido gutural en el aire y, por un instante, el temor a que el tren se pusiera en marcha hizo que empezáramos a trotar. Fue entonces cuando vi un Jaguar verde que atajaba por el aparcamiento, pasaba por encima del bordillo y paraba justo al lado del tren, dejando unos gruesos surcos en la hierba. Visto el lujo, esperaba que Henry McTavish se bajara del coche, pero en su lugar apareció un hombre de extremidades larguiruchas. Tenía un pelo inverosímil, desgredado y medio calvo al mismo tiempo, algodón de azúcar en un huracán, y lucía un talle largo y delgado que daba a sus movimientos una apariencia angulosa e imprevisible, como si hubiera salido de una de esas películas de animación pasadas de moda que se hacían con muñecos de plastilina grabando cuadro por cuadro. Decidí que por su aspecto se trataba del tipo de personaje que es dueño de una gasolinera y le dice a una pareja de jóvenes turistas que hay un atajo por el desierto, sin que le importe un cuerno que ese camino los lleve derechos a una tribu de caníbales y a todo tipo de crueles asesinos, y así se lo comenté a Juliette.

—Pues en realidad es Wolfgang. Y creo que le sienta mejor la descripción de genio excéntrico que la de canalla braguetero —replicó ella.

El comentario me desperezó el recuerdo. Wolfgang —personaje único como pueden serlo Madonna, Prince o Elmo de *Barrio Sésamo*— era el escritor prestigioso del grupo, ganador del Premio al Mejor Libro de la Commonwealth. Credenciales aparte, me había sorprendido que lo invitaran al festival porque sus libros no suelen encajar en el género criminal. Supongo que su mérito era haber escrito una novela en verso rimado en la que recreaba *A sangre fría*, de Truman Capote.

—Está claro que sus libros funcionan la mar de bien —añadió Juliette, arqueando una ceja cuando el Jaguar volvió a rugir para regresar a la carretera—. Mejor que los nuestros, en todo caso.

Le di la razón. Mis *royalties* daban más bien para un utilitario de tres puertas. Y de segunda mano.

Tuvimos que esquivar como contorsionistas a varios fotógrafos para llegar al vagón L —la gente se hacía selfis con el camello rojo de fondo o tomaba fotos panorámicas de toda la extensión del tren— y nos quedamos asombrados al ver la gran cantidad de viajeros que iban pertrechados con unos objetivos telescópicos que, de tan largos, casi resultaban ridículos y a punto estaban de hacerles perder el equilibrio por lo mucho que pesaban. Parecían unos Pinochos mentirosos cuando se ponían esos armatostes a la altura de los ojos. Puestos a exagerar con los aumentos, el telescopio Hubble no tendría cabida en el portaequipajes de un vagón de viajeros jubilados.

Al llegar a la altura del vagón N habíamos empezado a sudar. El amanecer finalmente había reventado como una yema de huevo sobre el techo del Ghan y nuestras sombras se extendían alargadas sobre el andén. Una corriente de aire nos golpeó por la espalda y vimos que un carrito de golf nos adelantaba; Simone asomaba la cabeza por uno de los lados y su bufanda azul ondeaba al viento, lo que le daba el aspecto de un estudiante universitario que está de juerga y al que le ha dado por reventar los buzones de los vecinos desde el coche de un compañero. El cochecito se detuvo delante de nosotros, junto a la puerta O, y mi agente se bajó de un salto; a todas luces reparó en mi perplejidad, pero no hizo ni caso y dijo:

—¿Qué? Para eso están. Tendrías que acostumbrarte a las ventajas de viajar en primera, Ern.

Otro empleado con portapapeles había desplegado una esca-

lerilla en miniatura y ayudaba a la gente a subir al tren, habida cuenta de que el andén estaba a la misma altura que las vías. Junto a las puertas de cada vagón había una serie de estribos: formaban una escalera que llevaba al techo. Nada me haría más feliz que decirte que terminaremos este libro sin que trepe por una de esas escaleras, pero ambos sabemos que la pistola de Chéjov vale tanto para las repisas de las chimeneas como para las escaleras.

Nos pusimos a la cola. Wolfgang estaba delante de nosotros y, al comprender que había atajado campo a través con su Jaguar, me pregunté si era a él a quien Simone esperaba.

Supongo que intuyó que estaba pensando en ella, porque se volvió hacia mí.

—Desembucha de una vez —me dijo—. Y suelta la pregunta que me quieres hacer, sea lo que sea.

—No quería... ¿Cómo lo has...? —titubeé. Había querido preguntarle algo desde que nos habíamos encontrado en el andén, pero no me había decidido a hacerlo.

—Has tomado aire tres veces, como si estuvieras a punto de decir algo, y luego te has desinflado. Igual que un quinceañero que quiere pedirle salir a alguien. Así que deja de silbarme al oído como una tetera y suéltalo de una vez.

—Bueno. —Carraspeé, un tanto molesto porque en principio me corresponde a mí hacer las deducciones sherlockianas en estos libros; al fin y al cabo, los he escrito yo—. Quería pedirte un favor.

—Eres consciente de que me pagas, ¿no? Los favores se hacen entre amigos.

—Es una cosa de trabajo —dije—. Pero me duele que pienses que no somos amigos.

—Amiguitos del alma. Pero no me pidas que te ayude con la mudanza. Vamos, dale.

—Se muere de ganas de que le presentes a Henry McTavish.
—Juliette, como siempre, acudió en mi auxilio con su franqueza—. Trabajaste para él, ¿no?

—Veo que has investigado un poco. —Simone parecía impresionada con los conocimientos de Juliette y, a la vez, algo molesta al ver reducida su mística a algo tan prosaico como un *curriculum vitae*—. Fui su editora, hace mucho. Por casualidad me cayó su primer libro cuando yo estaba haciendo un año de prácticas con Gemini en el Reino Unido, en una especie de programa de intercambio entre editoriales. McTavish me captó para que trabajara directamente para él. Un curro de lo más desagradecido. —Soltó una risita y se volvió hacia mí—: Eres fan del escocés, ¿no?

Sonaba, o me lo imaginé yo, un poco decepcionada. Me queda bastante por aprender sobre el mundo del libro y el lugar que me toca en él, pero incluso yo sabía que McTavish era la palabra más amarga entre editores: un escritor popular. Es la paradoja de ser autor: por lo visto, si eres lo bastante bueno para hacerte popular, eres demasiado popular para ser un buen escritor.

—Un poco —mentí.

McTavish era mi escritor vivo favorito. El protagonista de sus libros, el detective Morbund, es lo más parecido a Sherlock o Poirot que puede leerse hoy día. Es la clase de personaje que resuelve el caso en el capítulo 2 y se lo guarda hasta el final, alargando la peripecia para así poder desentrañar las mentiras de todo el mundo. Morbund ya habría resuelto este asesinato, aunque todavía no se haya cometido.

—Para eso no me necesitas. Estáis en la misma mesa redonda —dijo Simone—. Os conoceréis.

—Esperaba que pudieras llevarme por la vía rápida. Para que me haga un blurb.

La palabra «blurb» salió de mis labios como una granada explosiva. Un blurb es un texto elogioso que un editor puede emplear para hacer publicidad de un libro o incluso imprimirlo en la cubierta. Cuanto más famosa sea la persona que aparece en ella, más contentos estarán los de marketing (y tu ego, siendo sinceros). Le estoy agradecido a una excelente escritora de novelas de misterio llamada Jane Harper por haberse prestado a aparecer en la cubierta de mi primer libro, y esperaba que McTavish pudiera aparecer en el segundo. Aunque, la verdad sea dicha, todavía no lo había escrito.

Simone soltó un bufido.

—Henry no hace blurbs.

—Solo había pensado que...

—Blurb. No. Andando, que es gerundio. —Me puso una mano en el hombro y, sorprendentemente, se ablandó un poco—. Céntrate en algo más productivo. No vayas a la caza de blurbs para un libro que aún no has escrito. Te vas a pasar cuatro días a la bartola. Aprovéchalos. Ponte a escribir.

—En fin... —Juliette arrugó la nariz en un gesto divertido—. Si todavía hacemos favores, ¿es un mal momento para que te pida que me ayudes a mover ese sofá?

Fue una suerte que Juliette supiera qué pedía exactamente la situación, y la carcajada nos permitió esquivar la inevitable incomodidad del momento. Sin ser consciente, me metí la mano en el bolsillo y encontré alivio en un estuchito de fieltro que llevaba ahí dentro.

Aquí está, el cuarto que faltaba. Los motivos de esta escapada lujosa, creativa y, con suerte, romántica ya han quedado todos explicados y sumados.

Fue llegando más gente a la cola. El sol naciente pasó por detrás de una nube y el sudor que habíamos acumulado en la caminata se asentó como una capa de escarcha sobre nuestros

cuellos. Juliette tiritó. Simone, al verlo, se quitó la bufanda y se la ofreció.

—Ten, cariño.

Juliette se la aceptó y empezó a enrollársela al cuello, mientras le daba las gracias a Simone apresuradamente, justo en el instante en que a esta la convocaban al principio de la cola.

Ya en lo alto de la escalerilla, se volvió hacia nosotros como si acabara de ocurrírsele algo.

—Intenta tener cinco mil palabras cuando termine el viaje. La ratio son solo mil y pico al día.

—No me preocupan únicamente las palabras. Es toda esta historia de... de escribir ficción —me quejé débilmente—. No soy capaz de inventarme cosas. No me sale si la gente... si la gente no se muere.

Detrás de mí, Juliette dijo:

—Yo me ocupo de que cumpla con el programa.

—Te queda bien el azul —dijo Simone, ponderando cómo le sentaba a Juliette la bufanda. Luego se dirigió a mí—: Supongo que me tocará cruzar los dedos y esperar que se cometa un asesinato, ¿no?

Dicho esto, desapareció en las entrañas del tren.